

## CRONICA NACIONAL

**E**s imposible comenzar esta crónica sin desprenderse de una cierta obsesión de fin de tiempo, de cabo de año, que cierra para España una larga serie de posibilidades que se convirtieron en legros, y abre un nuevo conjunto de circunstancias y un haz de caminos ante el porvenir nacional. Lo mejor de un pueblo es siempre su futuro, y más ahora, cuando los españoles están ciertos de que los caminos abiertos y trazados por Franco son los más exactos y acertados que haya tenido nuestro pueblo desde que perdió el gran pulso de los tiempos viejos, y se lanzó por la senda —liberalismo, democracia retórica y cantonal, masonería, desastres de todo orden— que finalmente condujo a la redención salvadora de julio de 1936. Cuando se aproxima en acuciante y a la vez halagadora inminencia, el décimo aniversario de la victoria de España sobre sí misma, es como si cerrásemos un gran libro que nos satisface —pues ha sido plena y fecunda en realidades esa etapa decenal— y comenzásemos la lectura de una nueva obra cuyo final no podemos adivinar en una imposible imitación de ese tonto juego de lector ocioso, que trata de saber de antemano el destino de los actores del drama. Que drama ha sido la vida española, y drama sigue siendo todavía, mientras la revolución iniciada por las armas no encuentra abierto, para verter sus limpias aguas, la comprensión de un mundo en paz.

Es por estas razones —las demás pueden ser subjetivas, y ajenas, por tanto, a la índole de esta crónica— por lo que hay en estas líneas como un leve temblor de auspicio nuevo, de tensión reforzada, porque no se pasa de uno a otro año, a caballo sobre el calendario y sobre el tiempo, sin sentir algo semejante a la tensión del atleta que se prepara para el salto. ¿Qué salto mayor que el que se da sobre la Historia, difícil e invisible

cuando no trazada? Si el mundo es como un gimnasio, donde los hombres hacen unos contra otros la prueba de su virtud, también las naciones han de hacer en cada día y en cada hora esta prueba de su capacidad y de su valía. España, observada agudamente por el mundo en los últimos años, mal tratada por muchas naciones, impugnada y combatida por otras entre las que figuran las que mucho tendrían que agradecer a su Movimiento Nacional, sabe que el año que pasó ha sido bien ganado para la mejor causa, y que importa mantener el tino y el ritmo en el que comienza. Habrá buena política teórica y buena práctica política en 1949, aunque de siempre sea defecto humano hacer más perfecta la teoría que la práctica, la enunciación de los problemas que su difícil y muchas veces imposible realización en el orden diario. No de España, sino de todos los pueblos, es que la música pueda ser mejor que el compás.

#### ESPAÑA HACE SU PORVENIR

Duró parcialmente en el mes de diciembre de 1948 la grave sequía que ha venido sintiéndose a lo largo de todo el año, y cuando apenas nuestros embalses contienen mil millones de metros cúbicos de agua sobre los 5.500 millones que admiten en su capacidad máxima, es lógico que la economía del país se resienta en forma especialmente grave de la dureza con que ha sido tratado nuestro suelo por la difícil meteorología atlántica, rebelde a toda previsión. Miles de obreros no pueden realizar jornadas completas ni dedicarse a las faenas de sus fábricas, y es en este tiempo que nos ocupa cuando la carencia de bases energéticas —cuya creación constituye la primera meta de nuestras ambiciones económicas— llega a convertirse en un problema de dimensiones nacionales, mucho más hondas que cualquier superficial acontecimiento político. No caben rebeldías contra los designios de la Providencia, máxime cuando ésta delega tales funciones menores a las ciegas fuerzas de una naturaleza hosca y tenaz. Contra ella sólo cabe el esfuerzo del hombre, y hay que reconocer, pese a estas accidentales desventuras causadas por la naturaleza, la eficacia y constancia del esfuer-

zo de nuestro Estado para remediar una penuria de energía que no tiene otra causa que el abandono —no durante cincuenta años, como suele decirse, sino durante un tiempo mayor, pues la secuela de la desindustrialización se arrastra de antes, en que los gobiernos han tenido este principalísimo problema de España. Diez años de buena labor no bastan para remediarlo todo, y menos aún cuando el traje económico de España ha crecido fabulosamente desde la feliz liquidación de nuestra contienda interior. Entre dos guerras, la propia y la ajena, España ha dado un estirón prodigioso que se refleja en nuestra economía por miles de millones, pero la energía no pudo crecer al ritmo de la industria implantada. Hubiesen hecho falta los créditos exteriores que tenazmente nos han sido recusados, para poder resolver con tal ayuda ese difícil problema interno. Bien que si nuestra generación ha de lamentar esa privación de créditos, la que nos suceda tendrá que agradecerlos el que sea España la única nación del Occidente de Europa que no ha hipotecado su futuro por su presente, y bendecirá a Franco que se negó a vender la independencia de la Patria. Quien recibe, enajena, y, aunque desventura del presente, puede ser dicha para el futuro no haber recibido interesada ayuda del exterior.

No escribiríamos todo esto si, poco antes de entregar estas cuartillas, no hubiese realizado el Ministro de Industria, señor Suances, unas declaraciones verdaderamente sensacionales sobre la planificación de nuestra economía y de nuestras posibilidades energéticas para 1949. Acaso se nos pregunten las razones por las que no mantenemos el orden cronológico e iniciamos esta crónica por lo que debiera ser cabo de ella. Pero el que en 1949 vayan a entrar en servicio once centrales hidráulicas o térmicas con una potencia total de 342.350 kilovatios —de los cuales serán de energía térmica 179.000 y 163.000 de hidráulica—; el que hayan de entrar en funcionamiento catorce nuevas plantas de industrias químicas, cuatro de ellas dedicadas a la producción de fertilizantes; que funcionen dentro de este año industrias tan decisivas como la de rodamientos a bolas, capaz de producir 4.000 juegos de rodamientos por día; la de tractores, con una capacidad inicial de

600 vehículos de este tipo por año, y una de aluminio, que iniciará una producción de 1.250 toneladas ampliables en el futuro hasta 10.000 toneladas anuales, son anuncios de primerísima magnitud para un pueblo que espera realizaciones y las recibe de manos del Estado, que ha aprendido el duro precio de permanecer impasible ante el acontecer económico, en lugar de guiarlo y encaminarlo a buenos fines. Noticia, y grande, es también que entren en servicio cinco nuevas minas de combustibles sólidos, que la «Calvo Sotelo», de Cartagena, ponga en marcha una capacidad de transformación de 5.000 barriles de petróleo por día, ampliables a 1.000.000 por año, y que en Xerallo (Lérida) haya de entrar en servicio una nueva planta productora de cemento, con capacidad de 75.000 toneladas anuales. Temeríamos desvirtuar el carácter de esta crónica y entrar en consideraciones económicas que nos son ajenas, pero no podemos olvidar ni menospreciar el que nuestra producción de fibras textiles artificiales haya de ser incrementada en este año, sólo en las plantas fabriles de Torrelavega, a 18.500 toneladas anuales, y que hayan de ser botados, también en el año, doce buques superiores en su arqueo a las dos mil toneladas —con un total de 69.500 toneladas—, entre los que contarán unidades navales tan importantes como los petroleros «Aruba» y «Campiz», de 11.000 toneladas; el «Monasterio de Silos» y el «Urquiola», de 9.000 cada uno, aparte de los buques pesqueros de altura que no han sido reseñados en la comunicación del Ministro de Industria y Comercio y que tanta importancia adquieren para un país que consume por encima de los 500 millones de kilos de pescado cada año, con un valor que se aproxima a los 1.100 millones de pesetas. Realidades son éstas que impresionan con su mención exacta y escueta, y bueno es comenzar la crónica de un año con esta dichosa realidad del inmediato futuro español.

#### POLÍTICA SOCIAL

Antes de cerrar el año, y como en un prólogo del ímpetu que en él ha de adquirir la política social del Régimen, se anunció que los 350.000 obreros acogidos a los Seguros de

vejez verán aumentadas sus pensiones, así como la implantación de una cuota única para el conjunto de los Seguros sociales, que constituyen una de las obras más acertadas y felices de nuestro Estado. La inmensa obra de los Seguros sociales españoles adquiere su plena dimensión cuando sabemos que el número de beneficiados por el Subsidio familiar ha de exceder de los cuatro millones, que los trabajadores afiliados al Seguro de vejez son más de siete millones, con cuotas que se aproximan a los 250 millones de pesetas, y que el Seguro de maternidad beneficia a millón y medio de obreras españolas; que se conceden cada año más de 10.000 préstamos a la nupcialidad —en su mayor parte no son reintegrables— y que los trabajadores subsidiados exceden del millón. Todo esto con palpables y eficaces realidades, buenas para mostrar a tantos necios que aún pretenden centrar nuestra existencia sobre minúsculos sucesos políticos o desventurados dramas de España, que, en un caso, conviene olvidar y, en otro, tener bien presentes como lección para la memoria vigilante de todos. La industrialización, la pacificación de los espíritus y los Seguros sociales, son los tres grandes caminos del Régimen de Franco, en los que el Caudillo camina con paso firme y resuelto, incluso cuando la pasión desatada desde afuera batió como un mar en tormenta los muros de España. Entre los muchos ejemplos que Franco puede dar al mundo, y que este mundo apreciará en su día, está la inmensa labor de un régimen volcado en auxilio de los humildes, pero no a través de la simple caridad cristiana —tan hermosa y ejemplar como insuficiente en las sociedades actuales—, sino mediante una política social, de signo cristiano también, que pone a España en la vanguardia de las naciones dedicadas a la resolución del mayor problema de nuestro tiempo: el del proletariado y el de la armonía entre las clases.

#### BIOGRAFÍA DE UNAS SEMANAS

Habría que insistir —para que los lectores de hoy y de mañana valoren la angustia y la gravedad de esta época española— que desde finales del verano apenas llovió hasta el

9 de diciembre, y que poco después de esta fecha se inician por toda la Península unos temporales, por desgracia demasiados breves, que apenas bastan para calmar la angustiada sed de nuestros embalses. Pero bastaron estas leves y consoladoras lluvias para que el Estado aliviase la suma gravedad de las restricciones, y la triste realidad de nuestra pobreza energética no se reflejase apenas en los hogares españoles. La ola de frío apenas llega cuando ya se retira, y la sucede una aparential primavera que hace crecer a las plantas en el tránsito fugaz de las estaciones. Florecen los almendros en algunos lugares, y podríamos ilusionarnos con esta primavera en enero si tal situación no se reflejase desfavorablemente en el conjunto de la situación económica de España.

Como hechos varios, «puzzle» diverso de sucesos, conviene recoger que el 18 de diciembre el Caudillo entregó a los catorce mejores aprendices del Frente de Juventudes, a los que acompañaba su Delegado Nacional, camarada José Antonio Oloa Olaso, los trofeos que les habían sido adjudicados por su brillante actuación durante el año, con lo que se inicia una hermosa campaña para la capacitación profesional de nuestras juventudes obreras que habrá de conducir al progreso de la vida social. Entre las medidas de carácter económico destacan —aparte de la aprobación de los Presupuestos generales del Estado por el Pleno de las Cortes Españolas— el que los presupuestos del Ayuntamiento de Madrid alcancen una cifra de ingresos del orden de los 350 millones de pesetas, y que para contribuir a los gastos generales del Estado se haya votado una elevación del 5 por 100 en las contribuciones e impuestos. Para concluir con las cifras —que acaso pesan demasiado sobre esta crónica, intencionalmente política— agreguemos que durante el mes de diciembre continuaron estableciéndose cambios diversos y crecientes para las divisas empleadas en el comercio exterior, y que en enero, para estimular el retorno a España de capitales y los «envíos invisibles» de divisas —sobre todo los de los millones de españoles residentes en el exterior—, se elevó la tasa de cambio del dólar hasta 25 pesetas, situando estos cambios en la realidad de la conjuntura económica internacional. Prueba de cómo el gobierno abre sus

ojos a las más imperiosas realidades y no duda en adaptar sus criterios a los que juzga adecuados al interés de la Nación.

Dentro de esta política de realidades económicas cabe citar —constituye un deber inexcusable— la firma de un acuerdo comercial con la Trizona de Alemania, o sea, con los territorios ocupados por las tropas americanas, inglesas y francesas. A través de una cuenta especial del «Import-Export», nuestro país comerciará con Alemania por un volumen aproximado de 22 millones de dólares. Como en 1935, año de relativa normalidad económica para nosotros, ese comercio fué de 194 millones de pesetas oro para la suma de las importaciones y las exportaciones, cabe decir que el Ministerio de Industria y Comercio ha hecho cuanto está en su mano para que el comercio actual se aproxime lo más posible a aquellas viejas cifras. Ya es mucho que en tan difícil coyuntura como la presente, con una Alemania ocupada y vencida, privada de muchos de sus resortes económicos, se haya podido alcanzar —aunque sea en la simple teoría— un volumen de comercio que se aproxima a los cien millones de pesetas oro, o sea a más del 50 por 100 de nuestros intercambios con Alemania anteriores al Movimiento Nacional y a la segunda guerra mundial.

En esta misma exposición de sucesos diversos debe quedar registrado el nombramiento de Gumersindo García y Tomás Romojaro para los importantes cargos de Delegados de Información y de Provincias de F. E. T. y de las J. O. N. S., el nombramiento de Rafael Sánchez Mazas para la Asesoría Nacional de Prensa y la imposición de la Encomienda del Mérito Civil al Delegado nacional de Prensa, Lucio del Alamo, que tan relevantes servicios ha prestado en una de las más difíciles y vitales Delegaciones del Movimiento.

No quedaría completa esta relación de sucesos varios —importante cada uno de ellos en su significación y en su correspondiente escala de valores— si olvidáramos el Decreto por el que se reconoce a los sefarditas o judíos españoles su categoría de ciudadanos de nuestro país en el extranjero, incorporando a nuestra vida una diáspora tan tenaz en el recuerdo como fiel en la constancia. Miles de ellos fueron ya salvados

de la persecución o de la muerte en la última guerra por su pasaporte español, y basta ver el eco despertado por tal medida en el exterior —especialmente en Norteamérica— para comprender el profundo acierto que entraña esta medida del Gobierno de Franco.

Sobre la prensa española se ha dejado sentir, en estas semanas, el profundo eco despertado por las elecciones portuguesas, para las que se augura el triunfo del glorioso y septuagenario General Carmona sobre la momificada representación de la democracia, desmelenada e inorgánica, que es el General Norton de Matos, gran Oriente de la masonería portuguesa. Reciente aún la renovación del Pacto Ibérico, no está sólo el interés portugués, sino también el de España, en la derrota de una candidatura por la que ningún lusitano serio sería capaz de apostar medio escudo. Norton de Matos encarna una de las épocas más tristes y mezquinas de la vida de Portugal.

En este orden de sucesos reflejados hacia el exterior, importa recoger el canje de notas entre España y Haití para la reanudación de relaciones diplomáticas, efectuado el 23 de diciembre en nuestra Embajada en Buenos Aires. Representó a España el Embajador señor Areilza, y España tuvo para este hecho la parca resonancia de un suceso no del todo anodino, aunque pocos españoles sean capaces de recordar por qué circunstancias o en qué tiempo rompió esas preciosas relaciones la República de Haití.

Se celebró, con el ceremonial de siempre, la Pascua Militar —con el Ejército unido, como roca heroica, en torno a la descomunal figura del Caudillo—, y celebró, en el paisaje de Covadonga, su Consejo Nacional la Sección Femenina de la Falange. Puso Pilar Primo de Rivera cátedra de prudencia y femenil entereza en ese Congreso, que es el primero después del triunfal viaje de los Coros y Danzas de España —perdón, de los coros y danzas de la Falange— por tierras de América.

Hubo un partido España-Bélgica, en el que el equipo español solamente logró obtener un empate, y continuó, en este orden deportivo de sucesos, el Campeonato de la Liga. Des-

pués del encuentro en el Estadio Metropolitano entre los dos equipos de la capital de España y de una victoria difícil, ocupa la cabecera de esa Liga el «Madrid F. C.».

FERNÁNDEZ CUESTA, SECRETARIO  
GENERAL

Volvamos al rigor y a la trascendencia política después de este mal ajustado cuadro de sucesos trascendentes, pero fugaces, sobre la realidad española. Nada hay que decir aquí —la Revista es para enterados— sobre el tiempo difícil y proceloso que hubo de atravesar la Falange en los años en que la furia de las pasiones extranjeras volcó sobre nuestra Patria todo su rigor y toda su saña. Hubo en nuestro propio suelo, como en los ajenos, falsos profetas que anunciaron el fin de la política falangista y la mimetista adaptación del Régimen a formas vergonzantes de democracia verbalista, que tan malos frutos habían dado en otros tiempos de nuestra historia contemporánea. Hubo, eso sí, templanza y prudencia en los años malos —dos condiciones que nadie ha de regatear tampoco en los buenos—, pero la Falange supo centrarse en sí misma, y en un postrero sacrificio por el bien de todos perder apariencia sin restarse un átomo de la sustancia. Metida en sí, guardada en su capa, cruzó la Falange, permanente sistema medular de la política española, los tiempos de contemporización de las democracias con el comunismo soviético. Pero llegó la marca creciente del desmelenamiento ruso, y otra vez volvió a pensarse en España, lo mismo en las Cancillerías extranjeras que en los Estados mayores. Fué entonces cuando España, que sabe con Goethe que «sólo es bueno de una nación lo que ha surgido de su propio seno», recobró sin cautela su firme pulso falangista, y para reforzar las razones y las acciones de don Rodrigo Vivar Téllez en la Secretaría general, nombró el Caudillo para ese cargo de la Falange —el más alto tras la suprema jefatura política que el propio Franco ejerce con ejemplaridad y propio estilo— a don Raimundo Fernández Cuesta, voz fundadora y valerosa de la Falange de los primeros tiem-

pos, antiguo Secretario general en duras etapas, Embajador en Roma, Ministro de Justicia, que sabe poner en su política y en sus actos el rigor a que se debe y al exacto servicio al que, desde 1933, se entrega. Sin falsas retóricas, pero con exacta retórica, puede decirse que hubo en la Falange curtida y dura de hoy un temblor de mañana, de empresa nueva en la línea vieja, de tesón en la conducta permanente, cuando Fernández Cuesta volvió a la tarea que suspendió en 1939 para dedicarse en otros puestos al servicio de la Patria. Es ésta, doctrinal, prudente y profunda, una revista de la Falange, y cabe, pues, en ella el máximo elogio al máximo mérito, y con Fernández Cuesta esa misma Falange, tan abierta y airosa como aleccionada y prudente, vuelve al paso templado y duro de un camino que fué de espinas desde 1936 hasta 1939, para no serlo luego de rosas, porque la realidad exigente de la política mundial impuso prudencia a la violencia y fué más áspero servir al Estado desde dentro que encaminarle a su deber desde fuera. Hay en ese Partido que ahora encamina Fernández Cuesta inmensas vocaciones que emplear y nuevos destinos que poner al servicio de España. A los diez años del fin de la guerra española, la Falange está donde le sorprendió estremeada la victoria: a las órdenes de Franco.

#### DIMENSIÓN CULTURAL

Acabariamos aquí —con buen epílogo para mejor suceso— si en estas semanas que historiamos la vida cultural española no se hubiese proyectado sobre un cúmulo de realidades bien logradas, entre las cuales cabe dar el primer lugar a los actos finales del centenario del Padre Suárez, que cerró el Caudillo —por cuya voluntad se había iniciado—, recibiendo a la Comisión organizadora, integrada, entre otras muchas personalidades de nuestra mejor dimensión espiritual, por los Padres Ceñal y Cereceda, de la Compañía de Jesús; don Pedro Rocamora y don Francisco Javier Conde. En un postrero hálito de evocaciones y realizaciones —que más importan las últimas que las primeras— fué excelente comienzo de ese Centenario sin-

gular la celebración en Barcelona de un Congreso Internacional de Filosofía, en cuya apertura —presidida por don Juan Zaragueta— pronunció un discurso el doctor Carreras Artau, sobre «Aportaciones hispanas al curso histórico general de la Filosofía», y que fué clausurado en Vich, ciudad natal de Balmes, con un discurso del doctor Zaragueta, sobre «Balmes, doctor humano», seguido de otro, elocuentísimo y resonante, de don Esteban Bilbao, Presidente de las Cortes Españolas. Se dividió la labor del Congreso en cinco Secciones, y en ellas se realizaron los trabajos siguientes: En la primera, dedicada a «Problemas del conocimiento», se presentaron cuatro ponencias y 19 comunicaciones; en la segunda, sobre «Ciencia y Filosofía», cinco ponencias y 20 comunicaciones —algunas tan importantes como la del doctor Finlayson, de Cambridge (Estados Unidos), sobre «Una teoría del tiempo», y la de R. Panikker, Secretario general de este Congreso filosófico, sobre «Unidad física del tiempo—; la tercera sección, de Metafísica, registró dos ponencias y 29 comunicaciones; la cuarta, sobre «Filosofía social y jurídica», dos ponencias y 22 comunicaciones, y la quinta, sobre «Historia de la Filosofía», hasta 22 comunicaciones. Entre los participantes españoles y extranjeros de este Congreso importantísimo, verdadero exponente del rango intelectual de la España de nuestro tiempo, cabe señalar a los Profesores españoles Carreras, Artau, Yela, Pamarín, Sancho Izquierdo, Gómez Arbaleya, los PP. Todolí, Ceñal, Iturrioz, Ortega, Hellín y los Profesores extranjeros Sciacca, von Rintelen, Auquin, Giacon, Woodnebt, etc.

En órdenes más anecdóticos de nuestra realidad cultural, sería imperdonable olvidar la sesión de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas dedicada a «Los principios del 48»; la resonantísima y comentada conferencia de don Eugenio D'Ors, maestro de filósofos, sobre «Política de Misión»; la pronunciada en Barcelona por el doctor Marañón sobre «Los Comuneros de Castilla», y las de don José Ortega y Gasset en el Círculo de la Unión Mercantil, dedicadas a la exaltación y casi descubrimiento en España de la figura, sin duda relevantísima, de A. J. Toynbee. A estas conferencias ha asistido un heterogéneo y elegante público de la mejor sociedad de Madrid.

## VICTORIA DEL IDIOMA ESPAÑOL

¿Podríamos olvidar, en esta circunstancia y en este lugar, que el español ha sido declarado idioma oficial de las Naciones Unidas? Difícil fué lograr esta resolución, debida, finalmente, a la pericia —que diríamos parlamentaria— del mejicano Padilla, y que apoyaron unánimemente todos los representantes hispanoamericanos en esa importante Sociedad Internacional. Habían contribuido los países de la Hispanidad a que el francés fuese declarado idioma de trabajo desde la Conferencia de San Francisco en 1945, y algo de sorpresa —no demasiada, pues cabía esperarlo— causó la ruindad de espíritu de ciertos representantes de esa nación, que se opusieron al reconocimiento de la universalidad del Español con un brío y una entereza que, empleado hace años en distinta dimensión de sucesos, pudiera haber evitado otros muy graves. Fué este acontecimiento en la primera semana de diciembre de 1948, y constituyó una resonadísima manifestación de la unidad con que las delegaciones hispanoamericanas han actuado ante un problema que las afectaba en igual medida y con igual honor que a la madre patria, ausente de las deliberaciones. Pero triunfo español fué, y a tal título queremos registrarlo en esta crónica entregada a la dimensión de lo nacional.

Recordaremos, para terminar, que el Cardenal Griffin, Prímado de Inglaterra, aseguró por los mismos días, en forma tan pública como resuelta, que «es incomprensible la actitud británica hacia España, pues es el primer país que ha derrotado al comunismo». Ahora ya no pesa, sino que alegra, esa derrota que en otros tiempos sumió en temerosa zozobra a tantos incautos de dentro y de fuera. Cierto es el dicho, aquí lo sabemos, y más que oportuno ha estado el Cardenal inglés recordando la verdad a los súbditos de Su Majestad británica, embarcados ahora en la tarea gubernamental del laborismo. Empresa ardua de difícil gobierno, en la que cabe recordar aquella frase de Churchill que también quisieron aplicarnos —sin maldita la falta— a nosotros mismos: «lo difícil no es subir a un tigre, sino bajarse de él». Ahora, y con respecto

a España. míster Bevin tendrá que descender de su tigre para no quedar a remolque de la realidad.

Presentó sus cartas credenciales ante la Santa Sede don Joaquín Ruiz Giménez, nuevo Embajador de España ante la persona de Su Santidad Pío XII. Y con la partida de este joven intelectual, le sustituyó en la Dirección del Instituto de Cultura Hispánica don Alfredo Sánchez Bella en ceremonia sencilla y solemne que presidió don Alberto Martín Artajo, bajo cuya inspiración tanto impulso ha cobrado la política de Hispanidad.

Un solo suceso desgraciado en el mes: el accidente sufrido en Torquemada por el Subsecretario argentino de Educación, que costó la vida a una destacada y recia figura del Frente de Juventudes que acompañaba al ilustre huésped. Y fué ocasión este sensible accidente —pietra negra en esta crónica— para una demostración de la amistad argentino-española y de la camaradería profunda de dos pueblos entregados a una común tarea de reconstrucción y de dimensión espiritual al servicio de la Historia, que ata en el pasado, liga en el presente y compromete para el porvenir.

ISMAEL HERRÁIZ